

Es achaque en los historiadores, ya casi universal, anteponer el relato de los hechos á la série de las ideas. Nosotros huiremos de este achaque. Estudiando los hechos, se ve que todos ellos, los más importantes, los que más determinan una época ó la revolucion de una época, se hallan animados, movidos por las ideas, como el cuerpo por el alma

por la voluntad y la conciencia. En virtud de estas consideraciones, antepondremos siempre el estudio de aquellas escuelas científicas de las cuales brotan las revoluciones que cambian la sociedad, como diz que brotan de los senos del Océano las nubes y las lluvias que refrigeran y alimentan la tierra.

CAPITULO VII.

DEL CARÁCTER DE LOS PUEBLOS GERMÁNICOS.

La raza germánica desempeña especialísimo ministerio en la sociedad moderna, como raza que ha creado en su alma y que ha traído á la vida el sentimiento y la idea de la individualidad, borrada en los antiguos Estados. Muchos escritores piensan y dicen que esta division en razas peca de falsa en sus fundamentos, y de atentatoria á la unidad humana en sus consecuencias. Sin embargo, el estudio concienzudo de la historia prueba que, ya por la conquista, ya por el influjo político, ya por relaciones entre los pueblos y la region que ocupan, relaciones tan estrechas como las del alma y del cuerpo en cada hombre, las tribus, las naciones se acercan, se funden y forman una raza á la manera que las familias se acercan y se funden para formar un pueblo, para componer una verdadera nacionalidad. Y así como en nada contradice á la unidad de la naturaleza el que haya planetas y satélites, mundos y soles, cometas y aereolitos, en nada contradice á la unidad del género humano el que haya indi-

víduos, familias, tribus y razas. El medio natural en que las razas se mueven, afecta al color de su piel, á la magnitud de sus ojos, á los grados de su ángulo facial; y la sociedad en que se crian, afecta á su razon, á su conciencia, á su vida intelectual y moral.

Nada hay, nada tan estrechamente unido al espíritu como la palabra. Muchos filósofos han confundido la idea con la expresion de la idea y han proclamado la imposibilidad de pensar hasta secreta é íntimamente sin el auxilio del lenguaje. La teología cristiana ha llamado á la segunda persona de su Trinidad, al Dios-hombre, Verbo. Y la revelacion de las ideas que es para nuestras almas como el calor para nuestra vida, ha sido la revelacion eterna de la palabra. Es por tanto la palabra humana la más intelectual, la más espiritual de todas nuestras funciones naturales. Y la palabra se diversifica, no ya segun las naciones, sino tambien segun las razas. ¡Qué estrecho parentesco entre el portugués, el italiano, el español y el francés! Puede asegu-

rarse que todos los latinos hemos nacido sabiendo estas cuatro lenguas. Con alguna lectura, con alguna práctica, llegamos por completo á poseerlas. Porque los cuatro idiomas se derivan inmediatamente de aquella lengua-madre, que ha dado su nombre á nuestra raza, de la lengua latina. Y en la más apartada antigüedad se encuentran de esta ley seguros testimonios. Mientras el habla de los pueblos paganos, de los pueblos progresivos, de los pueblos artistas, de los pueblos indoeuropeos, tiene períodos rotundos, sintáxis complicada, verbo riquísimo en tiempos, en modos, que le sirven para someter pensamientos secundarios al pensamiento capital, frases subordinadas á la frase predominante y soberana; el habla de los pueblos semitas, de los pueblos religiosos, nacidos para difundir el monotheismo, criados en la soledad del desierto, artífices de esa música que parece sollozo del alma, y de esa arquitectura que guarda para el interior todas sus maravillas; el habla de estos pueblos es trilateral en sus raíces, simple en su sintáxis, onomatopéyica en sus palabras, cortada en versículos que se unen por el medio primitivo de la conjunción, y que se diferencian de la riquísima variedad del griego y del latín, de las dos lenguas propias á contener y á expresar la varia riqueza del humano pensamiento.

Las lenguas indoeuropeas tienen estos caracteres, porque son las lenguas de aquellos pueblos que han pasado por todas las ideas políticas y por todas las formas sociales; que han producido dioses á su imagen y semejanza; que han puesto la dirección de sus Estados en manos de los legisladores, de los tribunos, de los héroes; que han escrito los análisis de Aristóteles y las sentencias de Platon; que han consumido innumerables ideas filosóficas en el movimiento perpétuo y en la renovación periódica de su espíritu; al paso que las lenguas semíticas son las lenguas de los pueblos religiosos; de los pueblos que han fundado la idea de la unidad de Dios en

Jerusalén y en la Meca; que han resuelto casi todas sus formas de gobierno en pura teocracia; que se han dirigido por la voz de los profetas; que han escrito el Koran y la Biblia; que al coro griego han opuesto la canción melancólica, al drama la poesía subjetiva, la poesía lírica, al pensamiento libre el comentario perpétuo de sus revelaciones, á los dioses y al Dios-hombre su Creador único, recluido, como en sacro tabernáculo, en la inmensidad de sus cielos. Pues bien, si dos razas fundamentales han llenado la historia antigua, el mundo antiguo, dos razas fundamentales llenan el mundo moderno, la historia moderna, á saber, la raza latina y la raza germánica. Esta ha traído siempre la idea de la individualidad, y ha opuesto la individualidad inmortal, sorprendida en el seno mismo de la naturaleza á las fuerzas sociales pero absorbentes, á las instituciones, civilizadoras en ciertos períodos históricos, pero autoritarias de las razas heleno-latinas, más artísticas, más humanas si se quiere, que las razas germánicas, pero menos dadas á conservar su libertad interior en la sociedad, y á oír en la vida el llamamiento de la propia conciencia.

Es ley histórica irrevocable que la raza germánica venga á destruir las grandes unidades alzadas por las razas heleno-latinas, esas grandes unidades, bajo cuyo peso la personalidad humana desaparece, y con la personalidad humana la ley de la libertad en la vida. Los preclaros escritores de la antigüedad anunciaron con la adivinación de su genio el destino confiado á la raza germánica en el fin de aquellas sociedades. Cuando Lucano describe en versos imperecederos la ruina de la libertad en Farsalia, no la vé morir, extinguirse, no; la vé pasar el Rhin y refugiarse en las tribus inocentes, primitivas de la ignorada Germania. Y Tácito, la conciencia, el remordimiento de la sociedad antigua; Tácito, que ha enrojecido su estilo en el fuego del amor á la libertad para hundirlo como un puñal y revolverlo eternamente

dentro del corazón de los tiranos; Tácito, opone á la obra de César la obra de la naturaleza, al imperio despótico la federación de las tribus, á la elocuencia muda la asamblea en los campos, al magistrado impuesto por los siervos pretorianos el magistrado elegido por los hombres libres; á la corte corrompida de los Emperadores, la familia amante, la mujer respetada, la pureza de las costumbres adquiridas en las inspiraciones de la conciencia y en los ejercicios de la libertad.

César, en cuya frente parecía haberse condensado todo el genio romano, temblaba delante de ese inmenso misterio que se llama el mundo germánico, y quería encerrarlo dentro de su imperio. Y allá, por las selvas, por las estepas, en el sueño de la vida primitiva, en la confusión ciega con la naturaleza, los germanos sentían correr como viento abrasador la cólera contra Roma. «Yo no voy por mi propio pie á Roma, exclamaba Alarico en sus correrías hácia la Ciudad Eterna; yo siento que algo superior á mi voluntad me empuja, me arrastra, sin consentirme descanso, y me fuerza imperiosamente á saquear á Roma.» Genserico despliega las velas de su nave al viento. No sabía donde iba. El piloto le pregunta: «Señor, ¿á qué pueblos vamos? Aquellos pueblos contra los cuales se ha levantado la cólera de Dios.» Y fueron á Roma.

¿Qué odiaban principalmente los bárbaros en Roma? Odiaban el principio enemigo de su principio, el ideal contrario á su ideal; odiaban el poder omnímodo, la autoridad absorbente, el cesarismo que negaba la raíz verdadera de la vida, nuestra personalidad. Y desde entonces, siempre que el mundo latino ha llegado por impulso de su carácter, por obra de sus tradiciones á uno de esos estados políticos ó sociales, que reproducían el imperio romano, siempre ha venido á restablecer la raza germánica el principio de individualidad. Así como las hordas de Alarico, de Genserico, nacidas en las selvas, educadas por el estruendo de los combates,

sin más hogar que su carro de guerra, sin más patrimonio que sus armas, corren á devastar á Roma por ser el centro de la unidad imperial y cesarista, los descendientes de estas hordas, cumplen tanto en la Edad Media como en el Renacimiento, y en el Renacimiento como en la Edad moderna el mismo ministerio que cumplieron al término de la antigua Historia. Y en efecto, si el pueblo franco, apostatando de los principios germánicos, restablece el imperio en Cárlo Magno, las densas tribus, las densas familias europeas del mismo origen, azotadas por la espada de los normandos, fundan el individualismo moderno en el caos feudal; si los Pontífices predominan, se apoderan de la conciencia, organizan por su teocracia gobierno fuerte y autoridad universal desde Roma, el imperio germánico, y su representante más ilustre, la casa de Suabia, contrasta esta unidad religiosa con la oposición política, civil, é impide la copia tristísima en Occidente del bizantinismo oriental fundado sobre la armonía entre el Patriarca y el César; si en el siglo décimo-sexto el Emperador Cárlos V de un lado, con sus inmensos dominios, y los papas artistas de otro, con su inmenso prestigio, salvado el cisma, disueltos los concilios, que amenazaban á la autoridad de la Iglesia, sometida Gante, descabezadas las comunidades en Villalar y las germanías en Valencia, que amenazaban al poder del imperio, si dos poderes de tanta fuerza sobre la tierra, como el poder de Cárlos V que había encontrado en las mares el Nuevo Mundo y el poder de Leon X que había encontrado en las ruinas el mundo antiguo, amenazan con estrecha alianza, que restaure el cesarismo; ahí está para impedirlo, para quitar al Pontificado su prestigio, al imperio su paz, el oscuro fraile Lutero, que recoge todas las iras de su raza, y que, repitiendo desde la imprecación del campesino ébrio hasta la plegaria del ángel en éxtasis, toma la Roma de los espíritus con la misma ira que Alarico